



QUINCE DUNCAN

Mini autobiografía

DESCRIPCIÓN BREVE

Mini autobiografía de Quince Duncan

Quince Duncan

DATOS BIOGRÁFICOS

Nací en la Ciudad de San José, Costa Rica, el 5 de diciembre de 1940.,

Mis padres Adolfo Robinson (panameño de padres de Barbados) y Eunice Duncan (costarricense de padres jamaicanos), inmigrantes. La costa caribeña de Costa Rica fue colonizada por afrocaribeños en la segunda mitad del Siglo XIX y fueron la principal mano de obra utilizada en la construcción y operación del ferrocarril y los muelles, y en el desarrollo de la agroindustria bananera y el cacao. ,

Me crié en Estrada, una pequeña población rural de pequeños productores de cacao y plátano del Cantón de Matina, Provincia de Limón, en la costa caribeña de Costa Rica. ,

1940-56

Los inmigrantes jamaicanos, habían establecido en la costa caribeña costarricense, una verdadera “pequeña Jamaica” con su propio sistema escolar, su propia lengua (inglés). Eran en su mayoría de religión protestante, en contraste con la casi única religión de los costarricenses de finales del Siglo XIX.

Durante los primeros 50 años de la inmigración masiva jamaicana (empezando en 1872) prácticamente solamente existían escuelas de inglés en la Provincia de Limón. Había pues muy pocas escuelas en español. Pero en todo caso, los jamaicanos no tenían interés en que sus hijos aprendieran español. Se educaba con el mito del regreso a Jamaica, idealizada como el paraíso perdido. En broma los abuelos comentaban que en cada comunidad eran necesarios dos personas que pudiesen hablar español. Una, para hablar con las autoridades costarricenses, y la otra solo por si la primera no estaba asequible.

En ese sentido, mi abuela era muy estricta en cuanto al uso de la lengua. Estaba prohibido en casa tres usos lingüísticos: (a) nada de “yanqui English” es decir, no debíamos hablar con acento norteamericano, como los cowboys; (b) no podíamos hablar el dialecto creole del inglés que era la lengua usada en la calle en situaciones no formales; y (c) no podía hablar “bird language”, es decir, español. Lo de “lengua de pájaro” es debido a su observación lingüística en el sentido de que el español se articula de manera más frontal que el inglés, de donde mi abuela concluía que se “hablaba con el pico”.

Mis primeras letras las aprendí en casa de mis abuelos, básicamente con la intervención de mi abuela. Más adelante asistiría a la escuela de inglés. Los textos que se utilizaban en la escuela, iban de preparatoria (Infant Reader) hasta 6to grado (Royal Reader).

1945-1952

Estos textos contenían no solo gramática sino una rica selección literaria, incluyendo renombrados poetas y escritores ingleses, como son Tennyson y Sheakespeare entre otros,

Mi vida en Estrada fue una vida tranquila, de paz. No obstante, hubo algunos hechos relevantes, que significaron cambios definitorios. Mi madre se había casado con el padre de mis hermanos. El mío murió cuando yo tenía 2 años. Fue todo un acontecimiento, muy típico de las bodas de la provincia. Cada mujer soltera tenía un escolta que venía por ella y la acompañaba a la iglesia. De modo que esa parte de la ceremonia tomó su tiempo, a pie, y en un pueblo que se extendía a lo largo de la línea ferroviaria por al menos dos kilómetros. Sin embargo, la parte más bonita fue que me tocó llevar el buqué de la novia. Pasada la

ceremonia, mi madre se fue a Cairo de Siquirres, el pueblo de su marido, y yo me quedé con mis abuelos.

1948

En 1948, hubo una guerra civil debido a que el gobierno de turno desconoció el resultado de las elecciones. La oposición, encabezada por don José Figueres Ferrer se levantó en armas, derrocando al gobierno.

Mi abuela enfermó durante los meses de la guerra civil. No pudo acudir de inmediato al hospital porque algunos de los dos bandos estaban disparando contra los trenes de pasajeros. Hubo que esperar hasta que se calmara la conflagración. Se fue, despidiéndose, diciendo que no regresaría y en efecto, murió en el hospital de peritonitis.,

Fue para mí toda una odisea viajar a la capital, al entierro de mi abuela. Yo me había quedado con mi madre y con ella viajamos a San José, para atender el sepelio. Ya en la ciudad, nos tocó transportarnos en el tranvía que entonces circulaba. Pero sí recuerdo con dolor ver que enterraban su cuerpo en una caja en el cementerio de extranjeros. ,

Sin embargo, no fue sino a mi regreso a casa en Estrada que tomé consciencia de lo que realmente significaba la inesperada ausencia de mi abuelita. Entonces, pregunté llorando, si mi abuela no va a regresar nunca más, ¿quién me va a alistar mi atol"? Cosa de niños. El atol fue lo primero que se me vino a la mente. Pero fue la primera vez en que tomé consciencia de lo que significa la muerte como ruptura.,

Mi madre decidió llevarme a vivir con ella. Tenía a esas alturas un hermanito de un par de años y venía otro de camino. Ese nuevo contexto comenzó a llenar el vacío que dejó mi abuela, pero al mismo tiempo me hacía falta el abuelo que en realidad había sido mi padre.

Quise encontrar en mi padrastro el sustituto. Un día, él llegó de su finca con la mula cargada de leña para el fogón. Recuerdo que fui a recibirlo con el entusiasmo con que solía recibir a mi abuelo. Sin darle importancia a mi alegría, me ordenó llevar la leña y estivarla en el cuarto de cocina, que como se estilaba entonces, era un aposento separado de la casa principal unido por un pequeño puente. ,

1949

Mi madre agregó a la orden (que yo estaba encantado de cumplir) que pusiera la leña sobre el puentecito y que mi hermano Douglas lo estuviera debajo del fogón. Ya para ese momento había nacido mi hermano menor. Mi padrastro, cuando se acercó y vio el arreglo me preguntó airado si yo no había escuchado la orden, a lo cual intervino mi madre para explicar que fue ella la que dispuso que participara Douglas. Esto lo enfureció todavía más, quien alegó que "su hijo" no tenía por qué hacer ese trabajo, a lo cual replicó mi madre, "es que los dos son hijos míos".

Aquello terminó en violencia doméstica. Recuerdo que tomé una escoba y poniendo a Douglas detrás de mí, nos parapetamos junto a la cuna de Donald, el recién nacido. Yo estaba dispuesto a defenderme y a defender a mis hermanos. No creo que hubiera podido, porque apenas tenía nueve años y de contextura muy delgado. Afortunadamente un vecino intervino para detener el pleito, retando a mi padrastro a que le pegara a un hombre.,

Una semana después vino mi abuelo. Conversó. Le recordó a mi padrastro que cuando fue a pedir la mano de mi madre, convinieron que se casaba con madre e hijo. No obstante, prefirió llevarme de vuelta a Estrada a vivir con él, en un afán por preservar el matrimonio.

1949-50

Una vez pasada la guerra civil, el nuevo presidente José Figueres, hizo una gira por la Provincia de Limón, hablando en inglés, lo cual fue bien visto por los angloparlantes de la zona. Su mensaje fue claro: oigo que dicen que van a regresar a Jamaica. Olvídense de eso. La gran mayoría de ustedes no pueden volver allá, porque nacieron aquí. Uno no puede volver adonde nunca vino. Yo voy a cambiar las leyes para facilitarles que legalicen su condición de costarricenses.

En segundo lugar, veo que tienen mucho interés en la educación, pues han mantenido su propio sistema escolar. La “revolución” va a facilitar educación secundaria y superior para todos. Pero no tenemos posibilidad alguna de mantener un sistema paralelo en inglés. De modo que van a tener que aprender español, si quieren que sus hijos progresen,

Mi ingreso a la Escuela de Español fue producto de la prédica de don Pepe Figueres. Por cierto que luego de escuchar el discurso de Figueres, mi abuelo llegó a casa y me preguntó si había oído bien lo que él dijo. “Sí”, le dije. “Entonces, respondió, mañana vas a ir a la Escuela de Español”.

Y por cierto, viendo que iba a tener un nieto costarricense, hispano parlante, decidió que lo menos que podía hacer era aprender algo de español. Y efectivamente, aprendió el saludo “Hola, hola” y la despedida “bueno, bueno”.

Mi primer día en la Escuela de español fue muy difícil. Debido a mi inquietud y al hecho de que yo ya estaba en tercero o cuarto grado de inglés, me fue imposible mantenerme quieto con una maestra que hablaba solo español, de modo que pasé gran parte de la mañana dándole codazos a mi compañero de banca con la pregunta “What she is saying? Hasta producir el fastidio de la maestra que me habló de manera enérgica “Callaaate quachisé”.

Durante este primer encuentro con la escuela nacional, las de inglés se adecuaron. Las clases de español se alternaban un día por la mañana y otra por la tarde, y el de inglés a contra sensu.

Progresé hasta el 6to grado en inglés, leyendo literatura británica. Tennyson, Shakespeare, en fin, selección de los clásicos, y por supuesto Uncle Tom, texto basado en un “esclavizado bueno”, sumiso, servicial, nada que ver con el inquieto personaje Anansi. En la historia de Tío Tom el esclavo que lucha termina siendo sacrificado.,

Ahora, nuevamente en Estrada, mi abuelo no solo volvió a ocupar su lugar como eje central en mi vida, sino que fue creciendo en estatura. A los 13 años, dejó abierta su biblioteca, y me autorizó a entrar en ella. No sé cuántos libros habrían, pero para mis pequeños días eran suficientes.

Allí tuve mi primer encuentro con Dante. A los 13 años, leí a Dante. Me quitó algunas noches de sueño. Y descubrí también un largo poema sobre la Guerra Ashanti, que despertó mi el interés por aquel continente. Pero también leía un libro sobre las guerras de Europa y sobre

Corazón de León y los caballeros de la mesa redonda. Estas imágenes, me fascinaron, pasando a ser parte de mis juegos.

Y también leí la Biblia. Las historias del Levítico y otros libros de esa orientación. Afortunadamente también leí el Evangelio, sobre todo San Juan que me fascinaba por su lenguaje poético.

Mi afición por la lectura fue tanta, que en casa comenzarían a limitarme, con lo cual leía a escondidas en la copa de un árbol o debajo de la cama. Y con las lecturas vino el juego y con el juego la escritura.,

En efecto, empecé por apuntar cómo había quedado la batalla del día anterior y con eso fue surgiendo la afición por escribir. Sin embargo, hubo una persona específica que iba a influir sobre mi vocación literaria: Miss Rob. ,

El pueblo de Estrada entonces, era una línea del tren que servía de camino y las casas a ambos lados. Como para ir a la escuela tenía que pasar por su casa, más de un día me Miss Rob me hizo detenerme a escuchar sus cuentos, contados o leídos. Recapitulando ahora sé que no todos eran sobre Anansi, aquel personaje típico de la cuentística caribeña. También hubo sobre “dopi” (aparecidos) e incluso mucho más adelante descubrí que algunos de esos cuentos serían de Las Mil y Una Noches o basado en ellos. ,

Luego, un día inventó que sus anteojos se habían quebrado y me pidió que leyera yo los cuentos y que se los fuera a contar. Me puso a leer libros de cuentos. Tiempo después descubrí su truco: sus anteojos funcionaban perfectamente bien en la iglesia. ,

Ahora bien, yo creía que todos los autores estaban muertos. Los de mis libros de texto lo estaban. Los de la Biblia, lo estaban. Dante lo estaba. Así que no aspiraba a convertirme en un escritor porque no tenía un modelo. ,

1950-1954

Estrada era un lugar húmedo, con grandes inundaciones, al menos dos veces al año. Los ríos Reventazón, Barbilla y otros, se desbordaban con gran facilidad, y los dos arroyos de Estrada, poco más que yurros durante la mayor parte del año, se crecían y contribuían a nuestra desgracia. La llena mataba a los animales, destruía los cultivos, detenía el paso del tren. Y aunque las casas estaban en alto sobre pilotes, el agua entraba a nuestras casas.

Una vez, dormía yo profundamente cuando fui despertado por el Abuelo. Puso unas sillas sobre la cama, porque el agua ya corría debajo de la cama y temía que subiera aun más. Otra noche, estaba también en la cama cuando me dijo, “estate quieto, no te muevas”. Lanzó un “cutter” (cuchilla para apear cacao) hacia mi y gritó enseguida “salte”. Hice total caso de sus instrucciones. Y para mi sorpresa, lo vi con su machete, terminando de ultimar la serpiente que había estado durmiendo cómodamente a mi lado.

La vida de niño en Estrada, era de entera libertad. El único temor que teníamos los niños venía en nuestra creencia en la existencia de los dopís. Por supuesto que la realidad es producto de acuerdos. Estábamos de acuerdo todos de que los dopís existían y por supuesto existían. Eran reales. Personalmente vi a varios de ellos.

El más notorio de todos fue el de la luz del vigía. Según la leyenda, era la de un “brequero” que se cayó del tren. La luz aparecía avanzando sobre la línea del tren, en la misma

dirección en que uno iba, a una buena distancia. Si uno aceleraba el paso, la luz también; si uno disminuía el paso o se quedaba parado, la luz correspondía. Un día, nuestra maestra de español decidió destruir el mito. Nos invitó a un paseo nocturno en persecución de la luz. La seguimos prácticamente a Saborío, un pueblo adyacente. De repente, la luz desapareció. Mi maestra calculó el lugar y apresuramos el paso con su hipótesis: era alguien con una linterna y se metió al monte. En el sitio, enfocamos nuestros focos en vano. La decisión de la docente fue entonces, regresar a Estrada. Pero al poco rato, la luz apareció delante de nosotros, nos acompañó hasta el pueblo para desvanecerse. Al día siguiente llegamos a la escuela, esperando que la maestra nos diera su lectura de lo que había pasado. Pero la maestra no hizo ningún comentario, y nosotros menos,

Estrada era un hervidero de actividades en esos días. Los famosos paseos, las “dramatizaciones” improvisadas por los adultos en las veladas escolares; las carreras de caballo, el críquet, el boxeo de calle, el béisbol, los juegos de trompos, espadachines; las jornadas en las pozas; el culto sabatino o dominical de las tres iglesias, la escuela dominical, los velorios de los muertos matizados por cantos y jornadas de dominó y mucha comida.,

Pero me encontré con dos cosas curiosas. Sin tener algún modelo, me pasaba mucho tiempo meditando. Me acostaba boca arriba y me elevaba hasta las nubes y me perdía en un mar de paz. Tiempo después me di cuenta que estaba meditando. Lo otro es un relato de mi madre: yo tenía un amigo invisible que me acompañó durante varios años. Eso desde luego, no tiene nada de extraordinario, excepto que se llamaba “Cuminá” . ,

En mi casa éramos anglicanos. Incluso mi abuelo funcionaba como pastor local y se encargaba del culto por lo menos tres domingos al mes, puesto que había un solo sacerdote para toda la provincia. De modo que “Cuminá” no significaba nada en casa. Este amigo estuvo conmigo varios años, cuenta mi madre, y un día vino a despedirse y ella tuvo que darle la mano. Y se fue. Nunca más volví a mencionarlo. Es más, el relato lo recuperé gracias a mi madre. Entonces no sé. Cuminá tiene que ver con una religión afro sincrética de Jamaica. Es muy, muy difícil que yo de niño y a esa edad supiera nada de ello,

Mi madre no logró recomponer su matrimonio. Estuvo esperando durante nueve meses por algún gesto de reconciliación. Nunca lo hubo. De modo que tomó a sus hijos y abandonó al padrastro. Estuvo con nosotros en Estrada poco tiempo. Su meta era migrar a la capital, San José y llevarse a sus hijos para que pudiésemos aprender bien el español y tener una buena educación. ,

Por cierto que ese sueño, venía del bis abuelo. En efecto, el bis abuelo jamaicano nació durante la esclavitud. Luego de la abolición en Jamaica, creció con la idea de estudiar. Sintiendo que para él era tarde, estimuló a su hijo a hacerlo. El joven Jim aceptó, pero puso la condición de que su interés sería en la ingeniería de motores de vapor, que en ese entonces era la punta de la tecnología. Por más que quiso el bisabuelo convencerlo de que estudiara algo más asequible para sus finanzas, el muchacho se aferró a su idea.

Esto hizo que el bis abuelo fuera a Panamá a trabajar en la construcción del Canal, con tal de reunir el dinero necesario para financiar el estudio de su hijo. Estando en Panamá enfermó y mandó a traer a su hijo para que recogiera el dinero que había logrado reunir. Pero en esos tiempos en que la gente viajaba por vapor, cuando Jim llegó a Panamá el padre había muerto y la persona que se suponía tenía el dinero en custodia le dijo “no sé de qué dinero está hablando”.

Jim entonces siguió hacia Costa Rica, donde tenía un primo, con la idea de reunir el pasaje para regresar a su tierra. Al final, se estableció en la Provincia de Limón, e incluso hizo pareja y tuvo un hijo, pero su compañera no quiso seguir viviendo en las condiciones de Limón y regresó a Jamaica con su hijo. De modo que Jim, luego se encontró con Miss Elvira con la cual terminó casándose, olvidando ya su sueño de regresar a Jamaica, y sin posibilidad alguna de estudiar. Se dedicó a la autodidaxia. Jim sabía un poco de todo. Pero instaló en la mente de su hija el sueño de su padre. ,

En una época en que los afrocaribeños no estudiaban español y más allá de la muy probable oposición de mi abuela, encontré cuadernos de segundo grado en español de mi madre.

Ella, sin embargo, no tuvo la menor posibilidad de avanzar en sus estudios. Su lengua materna era el inglés, su piel era negra, su cultura afrocaribeña, y vivía en una zona entonces aislada del resto del país y no hubo una academia media y superior patrocinado, por ejemplo, por algunas de las iglesias (como sucedió en Nicaragua, con la Iglesia Morava).

Pero mi madre instaló en la mente de sus hijos, sobre todo en mi caso por ser el mayor que el único camino viable para progresar en la vida era por medio de los estudios. Ese era el “destino incuestionable” de una persona negra y de un Duncan. Y ese sueño del bisabuelo, vigente en la familia, fue la que la impulsó a trasladarse a San José,

El sueño mío sin embargo, oscilaba entre el arte y la artesanía. Yo quería ser músico o carpintero. La carpintería era la profesión más respetada de la comunidad y yo soñaba con construirle a mi abuela una casa en Batán, un pueblo cercano que tenía cuadrante y casas mejor construidas que las de Estrada. Y por otra parte, quise aprender a tocar el órgano. La música me apasionaba. Mi abuelo mandó a traer un método desde Jamaica, pero la organista me trataba muy mal. Me quejé con mi abuelo, y él mismo me aconsejó que no regresara. Años después supe la razón de su conducta. Ella había sido siempre muy amable conmigo. Pero según me contaron, temía que yo la sustituyera en su posición de organista de la iglesia, de modo que hizo todo lo posible por desalentarme.

Yo seguí con mi abuelo e incluso con mis hermanos en Estrada, mientras mi madre se fue a San José a buscar trabajo. Eventualmente, gracias a las arbitrariedades de las leyes de entonces y a la mentalidad patriarcal imperante, mi padrastro logró prácticamente secuestrar a Douglas, el hermano que me seguía, con apoyo del Jefe Político. Así Eunice vio a sus hijos de nuevo separados, esta vez el mayor y el menor quedarían con ella y el segundo con su padre.

Ya en la escuela de español, la maestra de turno nos invitó a redactar un pequeño ensayo sobre el árbol y lo envió a un concurso del Ministerio de Agricultura. Mi composición fue premiada con una carta de felicitación del Ministro de Agricultura y ₡ 25 colones, equivalente a unos \$. 6 de aquel entonces. Eso fue un impulso a mi vocación.

Mi madre estaba preparando el camino en San José, trabajando de cocinera en un hotel, cuando enfermó mi abuelo. Y estuvo prácticamente en cama, con dificultades para respirar durante dos años. Durante ese tiempo, tuve que ir a la finca, apear y trasladar el cacao para venderlo. Desde luego, no tengo duda de que la finca se deterioró a pesar de la buena

voluntad de un vecino que de vez en cuando nos dio una mano en cuanto al mantenimiento. Con tal motivo, mi madre adelantó el traslado de mi hermano menor a la capital.

Mi abuelo agravó. Y una mañana partió de Estrada. Se levantó y fue a visitar a los fieles de la iglesia casa por casa, despidiéndose. Le dijo a cada uno que no regresaría. Yo lo seguí resignadamente, pero la verdad es que no di crédito a sus palabras. Abordó el tren y partió con rumbo a la capital.

1955

Yo me quedé entonces solo en Estrada. Es interesante, pero no me acuerdo que hubiese tenido dificultad alguna para mantenerme y mantener la casa. Yo seguí en la rutina de ir a la escuela, darle mantenimiento al solar, limpiar la casa... en fin. Mi madre me había preparado en el manejo de los oficios domésticos. Justificó su estrategia diciendo que ella no sabía hasta cuando Dios le iba a prestar la vida y que, en todo caso, no quería que cuando mis hermanos y yo fuéramos a buscar una pareja para casarnos fuese porque ocupábamos sirvienta.

En el hospital, el abuelo agravó y mi madre me indicó que lo fuera a visitar. De modo que emprendí viaje a San José. Advirtiéndome que mi abuelo deliraba y no reconocía ya a nadie, mi madre me dejó solo con él, y pude constatar que hablaba constantemente incoherencias. No obstante, cuando me acerqué y lo saludé, "Jim Pa, it is me, Quince", me saludó con la palabra clave que utilizaba desde que decidió que yo aprendiera español "hola, hola". No le di crédito a mis oídos. Pero cuando me despedí de él, utilizó la misma fórmula de siempre que solo utilizaba conmigo "bueno, bueno". Salí del cuarto, le grité a mi madre que "me reconoció" y salí en estampida por los pasillos del hospital San Juan de Dios. Mi pobre madre, desesperada, tratando de alcanzarme. Fue con gran tristeza que regresé a Estrada. Realmente, destrozado. Y estuve no sé, a lo mejor una semana más solo.

Una mañana, rayaba el alba, cuando un señor vino del cercano pueblo de Matina. Recuerdo que venía a caballo. Me llamó para darme un mensaje: "Dice su abuelo que estuvo tratando de comunicarse con usted, pero no pudo. Que él ya se va. Que te comportes como un hombre de bien y que cuides a tu madre". Ahora bien, ¿cómo obtuvo ese mensaje esta persona? San José estaba a más de cien kilómetros de Estrada. No había teléfonos al servicio del pueblo, ni radio. Los únicos medios eran un telegrama o una carta. Pero los telegramas venían en el tren a las dos de la tarde, y el extraño visitante llegó a verme a buena mañana. Y en todo caso, aunque tuviera todos los medios un moribundo Jim no hubiera sido capaz de comunicarse con tal coherencia frente a su muerte. Por supuesto, absolutamente desconcertado, estuve en la estación del ferrocarril a las 2 pm. Y en efecto, venía el telegrama de mi madre: "abuelo falleció madrugada, venga mañana".

Años después supe que el mensajero que me visitó esa mañana era un hermano de la logia al que pertenecía el abuelo. Hasta el día de hoy tengo su imagen clavada en mi memoria, él y su caballo y he lamentado que mi abuelo no pudo tener esa última comunicación conmigo que buscó "cuando ya se iba". ,

El abuelo murió en el año 1955. Yo tenía 15 años de edad. Regresamos brevemente a Estrada, mientras tanto mi madre, buscó cómo facilitarme los estudios en San José. Me matriculó en la Escuela Ricardo Jiménez Nocturna, con la niña Mireya y recordando mi

sueño de ser carpintero me colocó como aprendiz en un taller de ebanistería, de una familia de apellido Quesada. Era lo más próximo a la carpintería que pudo encontrar. ,

1955-1959

Las dificultades para adaptarme a la ciudad fueron muy grandes. En primer lugar, trabajaba de día hasta las cinco de la tarde. De allí me iba apresuradamente a mi casa, a pie, para alistarme e ir rápidamente a la escuela, donde entrábamos a las seis. Mi primera sorpresa fue descubrir el nivel tan bajo que tenía en español. Para el nivel de Estrada, mi español era bueno entre angloparlantes. En San José era otra cosa. Pero mi maestra, doña Mireya, se portó como un sol y puedo decir con orgullo que fue una suerte que me tocara con ella.

En la calle era víctima de constantes burlas. Éramos pocos los afrocaribeños en la capital y las manifestaciones de una suerte de racismo folklórico imperante eran obvios. A cada rato se escuchaban los comentarios burlescos, “negro chumeco, panza de muñeco”: “parece que va llover”; o se pellizcaban unos a otros cuando veían a una persona negra, diciendo la frase “suerte para mí, no para ti”.

Yo no había estado expuesto a la discriminación racial. Es verdad que en la Ciudad de Limón hubo problemas con los extranjeros y algunos nacionales de San José. Pero en Estrada nunca vi ni sentí tal cosa. De todos modos, yo era el nieto de Mr. James Duncan, hombre de una gran cultura y pastor local de la iglesia. En San José pasé a ser un “negrito”.

La familia dueña del taller, era numerosa. Una parte de ella me rechazó al principio, con comentarios realmente dolorosos, sobre todo el fundador del taller, un señor ya entrado en años. Solo lo vi lavando la taza o el vaso que yo usaba. En cambio, su esposa, doña Dora, me mandaba a llamar todas las mañanas, me enviaba a una pastelería (La Garza) y a mi regreso, me sentaba en su mesa a tomar café con ella. La mayoría de la familia se comportó como doña Dora. Y don Carlos, mi jefe, me enseñó a trabajar y a manejarme en la ciudad.

El ritmo del campo es lento. Aunque mi abuelo era muy británico y por tanto estricto con el tiempo, uno tenía todo el tiempo del mundo para estar a tiempo. Pero la presión de la ciudad: ir a buscar un transportista al mercado, venir con él sentado en la carreta hasta el almacén de maderas, comprar la madera y llevarlo al taller. En aquel entonces, el transporte de carga liviana de la ciudad se hacía en carreta. Por otra parte, adecuarme a la alimentación, y otras costumbres de la gente de San José, cargando mis propios prejuicios. Aún hoy la comida caribeña es muy diferente a la del centro del país. La cultura era realmente otra. Lo único que tenía para mantener mi identidad cultural eran mi casa y la Iglesia El Buen Pastor (Iglesia Episcopal, de la comunión anglicana). Allí asistía a la misa y a los cultos en inglés.,

Primero vivimos en casa de unos parientes. Pero mi madre alquiló un cuarto, en una cuartería. Si mi memoria no me falla, eran siete cuartos con un solo baño para todos. Tenía una sola ducha, con agua fría. Pero nos acomodamos bien allí los tres. Mi madre en su trabajo, yo en el taller y en la escuela nocturna, finalmente aprendiendo español.

En esos días dejé el taller de los Quesada y me coloqué en la ebanistería de un afrocaribeño. Había avanzado bastante en la profesión, y estaba muy entusiasmado con

ella. Íbamos bien. Con mi primer salario invité a mi madre a tomarnos una cerveza. Ella iba al hospital a hacerse un chequeo, pero la dejaron internada de una vez. ,

Tenía un cáncer en el hígado. Lo más doloroso fue que toda su vida me dijo que de seguro moriría de cáncer y me hizo prometer que cuando me enterara se lo dijera de una vez. De modo que cuando el médico me dio la fatídica la noticia me hice acompañar por el Presbítero Kelly y fuimos a verla al hospital para comunicárselo. Nos vio venir y se enderezó en la cama y luego de saludarnos con esa chispa que tenía en los ojos y que conservó hasta el final, mirándome sin que yo hablara me preguntó ¿"es cáncer, verdad"? Solo tuve entonces que confirmar lo que ella ya sabía.,

Ese mismo año me graduaba de la escuela, ya con 19 años de edad. Ella regresó a casa, sabiendo ya que no había nada que hacer. Me alcanzó el tiempo para entregarle mi título de graduado de sexto grado y un beso, y ver lágrimas fluyendo por lo que fue, por cierto, su hermoso rostro. Recuerdo una vez, caminando de la mano de ella por las calles de la ciudad de Limón, me quedé viéndola, al punto de que ella lo notó y me preguntó qué pasaba. "Nada", le dije, pero hubiera querido decirle, "eres muy hermosa y tengo mucha suerte de ser tu hijo". ,

En esos días me hice de mi primera novia oficial. Mi madre me hizo un comentario que he llevado conmigo, recordándome que las madres son sabias. Me dijo: yo creo que uno como madre no tiene que meterse con las decisiones que toman sus hijos en relación con quien quieren compartir su vida. Pero creo que, como madre, tengo la obligación de hacerle algunas observaciones. Voy a hablar una sola vez. Si lo que buscas es una mujer que tenga la cultura suficiente para atender en tu casa al Presidente de los Estados Unidos o a un Príncipe Británico, pues esa es. Pero conociéndote, sabiendo la crianza que tienes, conociendo el hogar en que te criaste y tu manera de ser, definitivamente esa muchacha no te conviene. Es violenta".

El asunto es que, en primer lugar, la conocía desde niña, pues era de Cairo, el pueblo donde mi madre fue a vivir al casarse. Y luego eran compañeras de trabajo en el hotel y la había visto lidiarse en discordia con una compañera. Yo la escuché atentamente pensando de acuerdo a mis convicciones religiosas, que de todos modos "el amor todo lo puede".

Pero mi madre no mejoró. Regresó al hospital para morir. Tenía 45 años. Murió arrugando la frente. Y así quedó. Días antes me dijo que no le temía a la muerte. Lo que le dolía en el alma era morir dejando a sus hijos menores de edad, sin una fuente estable de ingresos y sin haber completado su educación.,

Éramos pobres. El féretro lo puso la Caja Costarricense del Seguro Social. Y tuve que ayudar a la enfermera a vestir el cuerpo. Por cierto, la enfermera, muy burocrática estaba furiosa porque yo llegué tan tarde. Parece que era su hora de salida. El asunto es que fui a esa hora porque fue cuando mi patrono pudo ir conmigo en su camioneta. Entre él y yo cargamos el cuerpo y lo fuimos a dejar a la funeraria,

Aquella noche, fuimos mi hermano Donald y yo a la estación del tren a esperar a los familiares que, según nosotros, vendrían al entierro. Ni siquiera mi padrastro vino. No tenía el menor interés en saber el destino de Donald. Y allí me di cuenta que no tenía más familia que mis dos hermanos y yo. ,

El entierro fue tan solemne, como suelen ser. Y por tercera vez fui a dar al Cementerio de Extranjeros. Y de nuevo, al igual que lo hice ante mi abuelo agonizante, una vez que la sepultaron salí corriendo. Corrí como nunca lo había hecho en mi vida. No me fijé si venía o no vehículo alguno. No tenía un lugar hacia donde quisiera ir. No tenía rumbo. Simplemente seguí corriendo, hasta que mi patrono, en su vehículo, me alcanzó por lo menos a un kilómetro del cementerio.

Aunque con 19 años, era menor de edad, porque en aquel entonces la mayoría de edad se alcanzaba a los 21, tenía un nuevo reclamo para la vida. “Todo iba tan bien”. Ya me había graduado de la escuela. Iba para el Liceo de Costa Rica Nocturno. Estaba aprendiendo un oficio que me gustaba, ya estaba ganándome la vida en ciudad. Al día siguiente mi segundo hermano Douglas se fugó de su casa y llegó a vivir con nosotros. Menudo lío. Afortunadamente Douglas era un emprendedor. Procuró sus propios medios de subsistencia. Prácticamente, aparte del breve tiempo en que dormía en el cuarto que alquilábamos, no dependió de mí. ,

La muerte de mi madre me hizo precipitar mi relación con mi flamante novia. Me enamoré con ese amor de adolescente que arranca canciones y suspiros, en medio de los colochos y el aserrín de la ebanistería. Y ahogué en ese amor el dolor de la ausencia de mi madre.

No obstante, la ausencia de doña Eunice, mi propuse persistir en el mismo curso. Seguiría trabajando de ebanista, y continuaría mis estudios, ahora en la secundaria. Pero en medio del dolor y la ilusión, la pena y la esperanza, mi nuevo patrono me despidió. Dijo que la muerte de mi madre le hizo darse cuenta que no estaba en condiciones de hacerse cargo de las cargas sociales. Era un argumento curioso, porque nunca me inscribió en el Seguro Social ni tuvo que pagarme ni un centavo por la muerte de mi madre. Así que, de nuevo, todo parecía ir bien, y me vi en la calle, sin trabajo.

Los antiguos patronos me re- contrataron durante un tiempo. Habían hecho una gran inversión en maquinaria: sierras, canteadoras, lijadoras, en fin, cosas por el estilo. Pero un almacén introdujo en el país muebles de formica. El plástico se ponía de moda. De modo que la gente abandonó el mobiliario de madera, para lucir en su casa aquellas mesas cubiertos de plástico. La mueblería artesanal dirigida al sector popular recibió allí su primer golpe y poco después, su sentencia de muerte, porque para peores penas, el tal almacén daba unas condiciones de crédito realmente ventajosas. El Taller Quesada comenzó su lento declive y mi persona nuevamente se encontró en la calle sin trabajo. Todo parecía ir tan bien... Me iba bien en el Colegio me iba muy bien. Además de buenas notas, me integré a la edición del boletín que publicaban los estudiantes y participé en un concurso literario escolar con el tema “Cómo siento yo el amor a mi patria”. Una suerte de elogio a algunos próceres y a otros que luego, muchos años después descubrí sus posturas racistas. Pero en ese momento yo no sabía lo mal que algunos opinaban “de los negros” y mucho menos de la ley que pasaron prohibiendo al afro limonense trabajar en la zona sur del país cuando la compañía bananera por el problema de la enfermedad del banano, se pasó a trabajar a esa zona, abandonando Limón. Por supuesto mi elogio fue recibido con entusiasmo por los profesores. Por su forma, estoy seguro de que estaba bien escrito y por su contenido consecuente con la ideología de los constructores de la república liberal.,

Durante el primer año, por cierto, el profesor de español, don Abdulio Cordero descubrió y estimuló mi vocación literaria. Puedo decir que en sus clases aprendí realmente a apreciar

la literatura en español y a tomar en serio la literatura como quehacer vital. Ya para entonces sabía que no todos los escritores estaban muertos.

En el segundo año tuve un tropiezo. Se veía álgebra. Nunca había tenido problemas con las matemáticas. Sin embargo, le pregunté el primer día de clase al profesor cual era la utilidad del álgebra, y me respondió de muy mala manera que servía para desarrollar la inteligencia. Se me hizo un bloqueo mental tremendo y ese año perdí el curso y tuve que presentar un examen extraordinario. Salí con una nota alta, gracias a mi novia que se encargó de prepararme.

Agobiado por la pobreza, acudí al Patronato Nacional de la Infancia para pedir una pensión para mi hermano. Su padre se negó a cualquier negociación, salvo una: me llevo a mi hijo. Al principio me negué, pero la pobreza era extrema. De modo que haciendo un puño de mi corazón, lo fui a dejar, prometiéndole que sería por un tiempo. Una amiga de mi madre, afortunadamente, madrastra de mi novia, fue en su rescate y lo regresó a San José. Mi padrastro no tuvo empacho en confiárselo a la señora.,

El profesor Abdulio Cordero quien fuera mi profesor en el primer año de Colegio, no lo fue en segundo. Pero me tocó de nuevo en tercero. El primer día de clases de español fue definitorio en cuanto a mi vocación literaria. En efecto, el profesor fue saludando uno por uno a los estudiantes, pero cuando me tocó el turno me ignoró y siguió adelante. Yo estaba realmente indignado. Veía nuevamente el velo de la discriminación racial tenderse sobre mí. Pero el profesor, luego de terminar de identificar y saludar a todos los demás, se volvió hacia mí y me preguntó, y usted Duncan, ¿siguió escribiendo? Esa simple pregunta fue suficiente para que asumiera definitivamente mi rol. Ciertamente la valoración del profesor que yo más admiraba era importante. Pero la pregunta sacó de mi inconsciente y trajo a tiempo presente mi vocación. Ser escritor, eso es lo que quería ser y de pronto me di cuenta que eso era. Un escritor. Lamentablemente la pobreza y mi sentido de orgullo me jugó otra mala pasada.,

En la cultura afrocaribeño de aquellos días, uno tenía que ser muy formal en su vestimenta cuando se trababa de ciertas actividades. Yo había crecido con esa visión. De modo que al encontrarme de pronto con la manga de mi uniforme diluida, pedí una ayuda al patronato escolar para reponer la chaqueta. Cuarenta colones. Era bastante dinero, pero era lo que daban. Me lo denegaron. Entonces, me retiré del Colegio. Me daba demasiada vergüenza asistir a clases con el uniforme roto. Suspendí mis estudios. Así, de nuevo, fue un frenazo.,

1963

En 1963 me casé, desoyendo los consejos de mi ahora occisa madre. Fue una boda armada a pura fe. Ella había logrado colocarse como secretaria médica en Siquirres con la Caja Costarricense del Seguro Social y yo permanecía en la capital. Por mi parte, logré colocarme en una bodega distribuidora de diversos productos importados. Pronto llegué a ser nombrado como jefe de la bodega. Mi esposa pudo trasladarse a San José, de modo que formalmente la familia se constituyó.,

Los primeros años de matrimonio transcurrieron en lo que podríamos llamar la normalidad. En 1964 nació mi primer hijo, y dos años después el segundo. Pero la bodega pasó a otras manos, me cambiaron de puesto y me vi obligado por malas decisiones que tomé a buscar otro trabajo. Y siguió un largo período de inestabilidad, en que no lograba colocarme en un

trabajo fijo. Un claro ejemplo de lo que pasaba fue mi experiencia con el Hotel Europa. Quería atender el mostrador. Tenía dominio del inglés y había hecho cursos de mecanografía y otros afines. Un amigo hizo las gestiones. Pero cuando llegué a la entrevista el encargado prácticamente nos sacó del hotel y en la acera nos informó que era política del hotel no emplear “morenos”. Que lo sentía mucho. Golpeado psicológicamente, sin ingresos fijos, iba a las siguientes entrevistas laborales con la absoluta convicción de que no me iban a emplear, y por supuesto, con esa actitud no me empleaban. Mi matrimonio hizo aguas. Salí de mi casa y comencé a dormir donde pudiera y a llegar a la casa de algunos amigos a determinada hora para poder lograr un almuerzo.

Pasé muchas noches durmiendo en el Parque España, solo despertado de cuando en vez por la policía que, en sus rondas me mandaban a circular. Recorrí las calles de la Capital a pie, hasta que las suelas de mis zapatos se arralaron y no me cabe la menor duda de que buena parte del desgaste actual de rodillas se los debo a esas frías noches a la intemperie.,

Fue un ángel que me salvó: Doña Lía. Me mandó a hacer una ceremonia con inciensos y oraciones. Logré dormir en una instalación de la Iglesia e hice la ceremonia. La hice porque en los momentos más desesperados uno hace lo que sea y porque tenía gran respeto por Lía.,

Curiosamente, al día siguiente me encontré con un amigo. Marcelo Johnson. Y le pedí que me invitara a un café. Él con buen tino, me compró el café, pero quiso saber por qué yo andaba en esas condiciones. Con un nudo en la garganta le confesé mi situación de desempleo. De modo que logró colocarme, gracias a la intervención de un amigo común, en la fábrica de ropa La Fineza, como encargado de bodega. Y él mismo tramitó un préstamo para que pudiera comprar ropa presentable. Entré como jefe de bodega.

Alquilé un cuarto. Y fui a la casa de la familia a aportar dinero de mi primer salario. Allí se ofrecieron a lavarme la ropa. Tenía que ir a Guápiles a colocar un pedido de zapatos, porque durante los meses de estabilidad había probado como agente vendedor. En aquellos tiempos la única forma de viajar a esa comunidad de la Provincia de Limón, era en tren. Pero lo que yo no sabía es que el tren llegaba a Guápiles y no salía sino al día siguiente. Así que no pude regresar el sábado. Cuando fui por mi ropa el domingo, mi supuesta irresponsabilidad había sido objeto de una severa represalia piromaniaca, según me contó mi suegra. Otro amigo me prestó ropa. Era considerablemente más bajo que yo y más grueso. Me presenté a trabajar esa semana, y me convertí en el hazmerreír de las chicas. Pero con el siguiente pago volví a comprar ropa adecuada y todo bien.

1968

Pero dos nuevos factores se presentaron hacia finales de la década. En 1968 comencé a publicar, pequeños escritos mimeografiados, asumiendo ya mi rol de escritor. De hecho, el 10 de noviembre de 1968, José León Sánchez anunciaba al país que había “Una voz negra en el alba”. (La República: 10/11/1968). Al año siguiente, logré publicar un pequeño folleto de dos cuentos “El Pozo y Una Carta” y con la ayuda de Blanquita, una compañera de trabajo, publiqué Bronce, un cuento largo mimeografiado. Y finalmente, me atreví a presentar a consideración de la Editorial Costa Rica una colección de cuentos. Pero con la vocación literaria desarrollándose, quedaba la parte del compromiso étnico. Ya en mis escritos había trazos de lo que iba a ser la segunda vocación.

En efecto, en el año 1969, Roger Churnside, un amigo, me invitó a acompañarlo a una exposición que un grupo de profesores de la Universidad de Costa Rica harían sobre la población negra, en una sala que el Ministerio de Cultura tenía en la Avenida Central. Apenas comenzaba el acto cuando Roger pidió la palabra para exponer que estaba bien que hablaran de la comunidad negra, pero que en la mesa él no veía ninguna persona negra. De pronto otros jóvenes, sentados estratégicamente en la sala, comenzaron a pedir la palabra para alegar lo mismo. Entre ellos, dos jóvenes limonenses, uno de origen chino y uno mestizo. Finalmente los profesores dijeron que no “tenían a nadie negro que pudiera hablar del tema” a lo cual Roger sugirió que estaba en la audiencia Quince Duncan, el joven escritor limonense. Yo creía que me iba a morir de un infarto. No tenía la menor idea del plan de Roger y no estaba preparado para intervenir sobre el tema. Por supuesto, lo único que pude hacer fueron algunos comentarios, creo que bastante inconexos. Fue de esa manera casi traumática que hice un juramento a mí mismo: jamás volvería a pasar semejante congoja. A partir de ese momento, yo sería el que más sabría sobre el tema. Me puse pues a estudiar, y durante estos 50 años, he seguido estudiando. Luego, alentado por el propio Roger, escribí “El nacimiento de un nuevo costarricense”, (1969) que trataba de explicar, desde un punto de vista cultural, algunas conductas de los trabajadores del muelle de Limón, alzados en huelga. ,

Todo bien, sí. Durante el tiempo que estuve fuera de mi casa, valiéndonos de préstamos de la propia Caja Costarricense del Seguro Social, mi esposa había logrado financiar una casa. En abril me buscó, invitándome a la reconciliación. En mayo del año 1969 regresé a estrenar casa. Todo parecía ir, ahora sí, muy bien. Después de algunos meses, hice exámenes para entrar al servicio civil y los gané. Pero en aquellos tiempos no bastaba ganar el examen: para colocarse en las dependencias de gobierno había que tener un “padrino”. Me busqué uno, y cuando supe que iba en una terna le avisé. Fue así como dejé la fábrica La Fineza para integrarme al Ministerio de Salud, concretamente a trabajar en la lucha antituberculosa. Fui muy bien recibido y acuerpado por los compañeros de trabajo. Incluso, me nombraron delegado en la Asociación Nacional de Empleados Públicos (ANEP). El nuevo trabajo me daba estabilidad y un sueldo un poco mejor. Viajaba en bus hacia el trabajo cada mañana, a mi casa a almorzar y de nuevo al trabajo por la tarde. En 1970 salió mi primer libro con sello editorial. La colección de cuentos, *Una canción en la madrugada* que fue muy bien recibida. Ante el asombro y la indignación de algunos críticos no fue premiada. Pero para mí era suficiente premio el que apareciera finalmente el libro.

1970

Estaban ya articulados las dos aristas de mis luchas: la veta literaria que se fue encubando a través de los años y ahora, la veta de los derechos étnicos, los derechos humanos. En diciembre de 1970 me tocó representar a la ANEP en un seminario sindical en Managua. Era la primera vez en la historia en que un Ministro de Trabajo nicaragüense se sentó en una reunión con trabajadores de su país y con trabajadores invitados de otros países. Me correspondió dar el mensaje final y tenía que ver, desde luego, con lo aprendido sobre los derechos de los trabajadores a organizarse.

Pero otro factor que subyacía en todo esto, fue mi creciente interés en el ministerio religioso. Mis meditaciones, mis lecturas, mi participación en la iglesia, los sermones de mi abuelo; todo fue confabulando para que yo tomara en serio la posibilidad de dedicarme al ministerio. A finales del 70 nació mi tercer hijo.,

El Obispo Ramos, entonces a la cabeza de la Iglesia Episcopal costarricense, no solo me alentó, sino que me facilitó todas las posibilidades. Así, a principios de 1971 me encontré de nuevo en mi pueblo, Estrada, en la función que antes había ocupado mi abuelo: lay reader. Para todos los efectos, un diácono. Recibí una cálida bienvenida. La Municipalidad de Matina me declaró 1971 Distinguido Escritor Hijo del Cantón de Matina.

1971

La asistencia a la iglesia mejoró y en los pocos meses en que estuve no tengo sino gratitud para con la comunidad. Tenía, ciertamente una lucha interior. El puesto en Estrada, que yo estaba disfrutando, me impedía seguir mis estudios. Sin embargo, iba a durar poco en el puesto; debido a algunos malentendidos entre mi esposa y distinguidos miembros de la iglesia y de la comunidad de Estrada, tomé la decisión de renunciar y regresar a la capital., Primero me coloqué como promotor en la Editorial Costa Rica y luego, con apoyo del Obispo ingresé al Seminario Bíblico Latinoamericano, fui ordenado diácono y luego presbítero, y durante un par de años estuve a cargo de la Parroquia El Buen Pastor en San José, en ausencia del titular, el Padre Carlo.,

Seguí llevando la doble lucha. Por una parte, la carrera literaria, y por otra lo de Derechos Humanos. Mi primera novela, *Hombres Curtidos* apareció en el año 1971 y en 1972 *El Negro en Costa Rica* una antología histórica en el que soy coautor con don Carlos Meléndez, uno de los grandes historiadores de Costa Rica.

Por otra parte, durante mi militancia religiosa fui nombrado como representante en la Comisión para Combatir el Racismo del Consejo Mundial de Iglesias. Fue un cargo honroso y delicado. Estábamos en medio de la lucha contra el Apartheid. Me tocó apoyar al movimiento de liberación de Zimbabwe y a la lucha de Nelson Mandela en Sur África. Entre otras cosas, la comisión denunció las inversiones que las iglesias tenían en empresas que fabricaban armamentos militares y el apoyo que países que pregonaban ser democráticos daban al brutal régimen surafricano. Fue tal nuestro impacto, que recuerdo una vez que fuimos a una gira a Canadá nos encontramos con una página entera de periódico, pagado por el gobierno de Sur África, advirtiendo a los canadienses de la presencia en su país de “un peligroso y subversivo grupo” del Programme to Combat Racism. Y luego, ante la solicitud nuestra de reunirnos en Sur África, nos negaron las visas. La reunión y retiro espiritual se efectuó en Zimbabwe que ya se había liberado del gobierno colonial racista. Allí nos acompañaron el Arzobispo anglicano Desmond Tutu y el Pastor presbiteriano Reverendo Allan Bosaec,

Durante ese período trabajé en un periódico de corte progresista llamado Pueblo. Pero nuevamente factores de índole personal me obligaron a tomar otros rumbos. Fue así como en 1973 ingresé a lo que era la Escuela Normal Superior, para estudiar la carrera de profesor en inglés.

Pero simultáneamente, ahora sí en serio, llegó a su fin mi matrimonio. Esto me hizo retirarme del servicio religioso me quedé sin trabajo. ,

La Escuela Normal Superior se transformó en Universidad el propio año de mi ingreso y fui electo como Presidente de la Asociación de Estudiantes. A resultas de ese nombramiento me tocó ser representante estudiantil en la comisión organizadora de la nueva Universidad Nacional. Allí sí fue un aprendizaje intensivo. Me tocó participar en la creación de la

Universidad. Cuando terminó mi turno como Presidente, el nuevo grupo se hizo cargo del gobierno estudiantil pero al vencer su período se autonombraron sin elecciones y sin término. Me tocó encabezar la lucha contra ese grupo, junto con algunos compañeros y fundamos la Federación de Estudiantes (FEUNA) y les devolvimos el poder al estudiantado contra viento y marea. Y así, me vi participando activamente, redactando mociones para los Estatutos, participando en las deliberaciones. ,

En 1975 formé una nueva familia. Pero la ruptura con la primera, significaría un conflicto implacable que duró 19 años. Durante todo este tiempo, sin embargo, fui creciendo. Luego de otro período de inestabilidad, logré al fin ser contratado por una institución educativa de gran prestigio: Saint Clare College.

Allí entré como profesor en 1978, incorporándome pronto a la dirigencia. Fui nombrado Asesor Docente y en tal categoría, introduje en 1980 una propuesta pedagógica titulada SIPEIN. Sistema Pedagógico Interdisciplinario.

Lo hice en el contexto de una convocatoria nacional que hizo la entonces Ministra de Educación, María Eugenia Dengo, sobre nuevos rumbos para la educación costarricense. La propuesta fue bien recibida por la Directora Sister Bernard Halbur y se puso en práctica primero como plan piloto con los niveles bajos y luego en toda la institución.

Fui objeto en ese período de los más increíble intentos de destruir mi imagen y mi carrera profesional. Pero tal parece que cada nuevo ataque, cada intento de difamación resultaba en bendición. Subía de puesto, mejoraba mi salario. En 1978 obtuve el premio Editorial Costa Rica por mi novela Final de Calle, el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría en 1979 y ese mismo año comencé a trabajar también en la Universidad Nacional, dando cursos de verano. En 1980, en medio de uno de los ataques más severos, pude completar mi licenciatura y optar por un puesto de profesor pleno en la Universidad.

Mi ascenso en la Universidad Nacional fue meteórico. Ya en 1981 era el Director del Instituto de Estudios Latinoamericanos, Miembro del Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras. No obstante, seguí trabajando parcialmente en Saint Clare.,

En 1982, ante la decisión de las religiosas de cerrar el Centro Educativo y abandonar el país, un grupo de profesores y administrativos nos dimos a la lucha para hacernos cargo de la institución. Logramos involucrar a padres de familia y fundamos una Asociación sin fines de lucro que, hasta el día de hoy regenta el Saint Clare. Un año después, a finales del 83, renuncié a la dirección universitaria y asumí la dirección del Colegio, conservando eso sí un tiempo parcial como profesor universitario. ,

1982

La experiencia del Saint Clare, fue, desde el punto de vista educativo, la experiencia más acabada. En 1987 salí del Colegio, en busca de nuevos rumbos. Fundamos, junto con otros compañeros el West College y el Colegio Santa Fe y el Santa Fe Pacific. Vale decir, el profesor y administrador exitoso se había convertido ahora en empresario. Confieso que me puse una camisa de once metros. Para un escritor y académico, la experiencia más frustrante de su vida. Estaba lidiando ahora con tagarotes. Pero al final, salí adelante.

En tres ocasiones laboré de profesor en los Estados Unidos y me jubilé en 1999. No obstante, he mantenido una vida académica y empresarial activa, he dado lecciones en Honduras en la Escuela de Líderes y conferencias a lo largo y ancho del Continente.

A lo largo de esta vida, puedo señalar a guisa de ejemplo, que el muchacho alegre que corría por los campos de Estrada, y meditaba él solito, y escribía y no sabía para que era y tenía que lidiar en su familia con la muerte frecuente; el muchacho de Estrada, nacido en San José, que tuvo que aprender una nueva cultura, un nuevo idioma; el adolescente, criándose en la ciudad, en una ciudad llena de prejuicios raciales; ese muchacho de Estrada, nacido en Costa Rica, pero que era considerado por el Estado Nacional como Británico; ese muchacho, cuyo primer certificado de nacimiento decía que era jamaicano por nacimiento a pesar de haber nacido en la capital de Costa Rica en el hospital más emblemático; sí, ese mismo muchacho, de madre también nacida en Costa Rica pero que no era costarricense; sí, ese muchacho, ese mismo muchacho puede mirar hacia atrás y decir que pudo vencer.

Me arrebataron los hijos, a quienes adoraba independientemente a cualquier otra consideración; la vida generosa me dio entonces dos hijas de oro. No sustituyeron, no fueron compensación. Pero logré una nueva familia que puedo disfrutar.

ALGUNOS APORTES ESPECIALES:

A- QUINCE, EL EDUCADOR (1980).

En el campo de la educación, mi labor ha sido fecunda en la enseñanza y en la administración educativa, desempeñándome como profesor por más de 25 años y en diferentes puestos de dirección y coordinación por más de 20 años. Además, me correspondió ser fundador de varias instituciones de educación preescolar, primaria y secundaria y de haber asesorado otras.,

PROPUESTA PEDAGÓGICA: La propuesta titulada SIPEIN, se basó en la idea de que la educación no podía ser ni era ya una simple transmisora de conocimientos que, de todos modos, pronto se volvían obsoletos. Por el contrario, era necesario darles a los estudiantes una formación instrumental.

El objetivo central es que se les dote de la habilidad de procurar información por ellos mismos y aplicarlos, de conformidad con las condiciones de su entorno, sea cual fuere. Además, se consideró que la educación no podía seguir teniendo un enfoque de islas, según el cual cada materia es un mundo separado. Se le dio por tanto énfasis a la integración y correlación de las materias y a la investigación. Este enfoque sigue vigente en Saint Clare y ha sido adoptado y desarrollado en el West College. Es interesante que, 38 años después, el sistema se aplica en dos centros educativos privados de gran prestigio nacional.

B- QUINCE, EL ESCRITOR.

Mi producción literaria comienza en 1968, y ha sido constante a lo largo de estos años. He sido autor y co autor de más de 50 obras; novelas, cuentos, ensayos, teatro; hay libros escritos, tesis y artículos sobre mi obra literaria en los centros académicos más prestigiosos y en los lugares más recónditos.

CRÍTICA LITERARIA.

Pero también he producido teoría literaria, manifiesto en varias ponencias, artículos y un libro del cual soy coautor. Entre los artículos más destacados, cabe mencionar “El afrorealismo”, una teoría construida a partir de observar e investigar las diversas corrientes de literatura afro latinoamericana (Ver artículo publicado en Revista Anales de Cuba).

C- QUINCE, EL COMBATIENTE POR LOS DERECHOS HUMANOS.

La lucha por los Derechos Humanos, ha sido también un esfuerzo de larga data. Como esfuerzo concertado, comienza en Costa Rica en 1970 con la publicación del libro *El Negro en Costa Rica* (co-autor con el Dr. Carlos Meléndez), continúa con Duncan, et.el *Cultura negra y teología*; 1986. Se consolida con mi participación en el plan internacional en Programme to Combat Racism del Consejo Nacional de Iglesias, Esta lucha continuó con el programa de la diáspora africana de la Universidad Estatal de Michigan: se prolonga en el Slave Route Project de la UNESCO.

ESTUDIO Y COMBATE AL RACISMO DOCTRINARIO.

Pero sobre todo, nos dimos a la tarea de investigar la génesis del racismo doctrinario, logrando desbrozar los mecanismos de construcción y perpetuación de esta postura, presentando el tema en varios libros y en foros nacionales e internacionales, el más destacado de cuyas presentaciones fue la exposición oral en la Audiencia temática de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Washington, D.C. el 7 de marzo de 2008; el Documento de Trabajo del Proyecto de Convención Interamericana contra el Racismo y Toda Forma de Discriminación e Intolerancia uno de los insumos presentados por el Instituto Interamericano de Derechos Humanos (IIDH). abril de 2008. Además, mi voz ha estado presente en organismos internacionales como el BID: ante el Consejo Permanente de la Organización de Estados Americanos”, a invitación del Gobierno de Colombia. OEA 22 de abril de 2015”. He podido compartir angustias y luchas con los pueblos de cuatro de los cinco continentes: en todas las Américas, en Europa, en África, en Australia. He sido honrado con un doctorado Honoris Causa de St. Olaf College por letras humanitarias.

D- 50 AÑOS DE LUCHA

Celebro pues, 50 años de luchas y victorias. 50 años de crecimiento continuo. 50 años caminando hacia la luz.